

El olmo viejo de Castejón

“Los vecinos del pueblo conquense de Castejón, donde nació el cantante José Luis Perales, han estado velando día y noche, ante el centenario olmo plantado en la plaza de España, por temor a que este histórico árbol sea talado”. Así y algo más, la noticia periodística. Los pueblos son siempre noticia, grito, vendaval, calma, como el hombre mismo con su gracia consagrada y sus pecados. Y es que el olmo se ha hecho un *olmón*, cien años sobre su tronco, y ha manoteado lo que le estorba: El tejado de una casa que se le ha aproximado desafiante. Al olmo viejo, al olmo centenario, al gigantón de múltiples y largos brazos, de ramas floridas, le han acorralado con el progreso y ahora se ve cercado e impedido su desarrollo; está visto que la sociedad moderna no quiere gigantes en sus espacios libres; le asusta que al olmo lleguen, cada tarde, un ejército de gorriones a pasar la noche velando la temporalidad del sueño.

Un pueblo es un todo armónico dentro de un equilibrio admira-

ble; cada cosa tiene su sitio y cada hombre su palabra. Hay una casa, muchas casas, tejados y más casas; la iglesia y una torre alta con ojos grandes y campanas; y un árbol centenario, entre muchos, y una higuera con la maldición superada con niños que suben a su joroba a coger higos, y la escuela donde los muchachos aprenden a ser como Dios quiere: hombres de bien, y la casa de la municipalidad que tiene parte de mérito arquitectónico y pájaros que alborotan la paz de la siesta, y flores que perfuman las calles trazadas con tiralíneas, de viento a viento o de nube a nube. Un pueblo es, también, las tierras de pan llevar y las uvas del buen comer y aquella alameda que se mira en el río, y la fila de moreras que adornan el paseo y bracean al aire; y es don Pascual y doña Elvira, y Santos el cartero, y el hijo de Sacramento, y el tío Filipón, y la Tomasa y el don José, de la sotana raída que la lleva a cuestras como afirmación de algún concordato eclesial, y los todos y muchos que mueren o vi-

ven, sacramentalmente, convidados.

Por eso, el olmo centenario quizás sea el eje carismático de Castejón y difícil tocarlo. El árbol ha sido velado por el pueblo para que el hacha maldita no tale sus brazos. La decisión de la autoridad habrá sido de clemencia y perdón; si al gigantón le mutilan habrán destruido buena parte de la historia pequeña del pueblo. Quizás, mañana, el olmo dé cobijo y sombra a los tejados de la casa molesta para que ésta pueda presumir di-

ciendo que un gigante la guarda. En un mundo lleno de pavor con enanos por doquier, que arrasan el ecumenismo de las fórmulas sociales aceptadas, vale mucho que en un pueblo haya un *olmón* que le guarde, un gigantón que se rinda por la ternura de unos niños-jóvenes que graban un corazón en su corteza como un sello indeleble de un amor puro, difícilmente conquistado y profundamente sentido. El pueblo, no cabe duda, siempre es un mundo nuevo abierto a la esperanza.

José González Lara

Novedad bibliográfica

“EL QUE HABITA EL INFIERNO” de José Aranda Aznar. (Editorial Antropos)

En el *Día de Cuenca* leemos, haciendo referencia al autor de esta novela: “es raro que en este país dimita alguien, pero que lo haga un alto cargo, subdirector general de Estadística, para dedicarse en cuerpo y alma a la novela, es aun más insólito”. Efectivamente, el autor me lo ha confirmado y me ha dejado su novela encima de la mesa. José Aranda es un manchego originario de Bolaños, un economista que quiere olvidarse de la realidad de los números, para entrar en el mundo de la ficción, en ese campo de la novelística que cada día adquiere mayor dimensión. El comentario de José Antonio Fortes en la contraportada de la novela nos fija el deseo de leer el libro “de escritura directa, inmediata. De rapidez y de seguridad admirables”. Y es cierto porque ya, entre las manos, la novela, nos *desazona*. La novela es un género que apasiona y más como hace el autor, implicándonos como elementos de su obra.

El que habita el infierno es un testigo que no desconoce la trama sino que se integra en ese remedo de un mundo en continua aventura, que se desplaza con el hombre a habitar el infierno., “ese infierno de nuestro subconsciente”.

José Aranda Aznar, nacido en Bolaños en 1942, es licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Madrid. En 1980 publica su primera novela *La Culpa*, que obtuvo gran éxito de crítica. Ahora se nos ha revelado, en su segunda novela, como un gran escritor que conoce su oficio y que se empeña en ser un creador de futuro.